

## **UN ARABISMO EN TRANSICIÓN. PEDRO MARTÍNEZ MONTÁVEZ IN MEMORIAM**

**Nieves Paradela Alonso, Departamento de Estudios Árabes e Islámicos,  
UAM.**

En realidad, la UAM tuvo desde su fundación en 1968 un Departamento de Lengua Árabe. Lo dirigió en sus primeros años Fernando de la Granja y contaba con un pequeño número de profesores procedentes de la UCM. Lo que no existía aún era una licenciatura en Filología Árabe, por lo que aquellos primeros profesores se limitaban a impartir lengua árabe a los distintos grupos de comunes de la Facultad de Filosofía y Letras.

Un cambio fundamental se produjo en 1971 cuando llegó a la UAM el joven profesor Pedro Martínez Montávez, proveniente de una larga estancia en Egipto y tras haber obtenido la cátedra en Sevilla. Su objetivo era doble: primero conseguir establecer en la Autónoma una licenciatura completa en Estudios Árabes y, en paralelo, configurarla alrededor del estudio del mundo árabe contemporáneo. Sabemos que ambas cosas fueron complicadas y contaron con oponentes y adversarios. Algún medievalista de la propia UAM no vio con buenos ojos que los árabes modernos pasaran a ser objeto de la misma atención académica de la que gozaban -hasta entonces en exclusiva- los andalusíes (quienes, entre otras varias bondades, contaban con la mejor de todas ante sus ojos, la de su desaparición histórica). Y a muchos de los arabistas andalusistas les sucedió algo parecido. El mundo árabe contemporáneo no les gustaba mucho y su producción cultural no les parecía tan valiosa y apreciable como la de los historiadores, poetas o filósofos de al-Andalus. “El horizonte se ha ensanchado, aunque quizá se hayan evaporado algunas preciosas esencias.....”, dejó escrito tan clara como cautamente Emilio García Gómez en una de las pocas valoraciones públicas del arabismo tradicional frente al nuevo.

Finalmente el proyecto contemporaneista de Pedro Martínez Montávez logró abrirse camino y en el curso 1975-76 se inauguró la licenciatura en Filología Árabe. En aquel mismo curso yo cursaba primero de comunes y él fue nuestro profesor de lengua árabe. Animoso y a veces divertido, nos enseñaba los rudimentos de aquella lengua tan extraña, al tiempo que hacía proselitismo para lograr que algunos nos matriculásemos al año siguiente en la recién creada

especialidad. Justo entonces, murió Franco y comenzaron las transiciones. Porque hubo varias. La del país en su conjunto, claro, pero también la del arabismo contemporaneista, la de las carreras profesionales de una nueva generación de profesores, y la nuestra propia, la de los jóvenes estudiantes que ya nos formamos en una nueva universidad, al tiempo que íbamos conociendo una lengua y una cultura que, para algunos, llegarían a convertirse en nuestra futura profesión universitaria.

Un país que se democratizaba, una universidad joven y dinámica, un cambio de calado en el arabismo español, todo esto contribuyó a que Pedro Martínez Montávez alcanzara pronto unas muy notables cotas de poder, fama e influencia. Fueron buenos tiempos, para él y para el departamento, y que ahora es justo recordar como se merecen.

### **Recordando a Pedro Martínez Montávez**

**Ana Planet Contreras, Departamento de Estudios Árabes e Islámicos,  
UAM**

Recordar a Pedro Martínez Montávez significa recordar sus muchas lecciones y sobre todo recordar, en mi caso, que, gracias a esas lecciones, tomé por primera vez conciencia de lo complejo, de lo inconmensurable, de lo infinito que el mundo árabe era ante nuestros ojos juveniles.

Años después, siendo más consciente que entonces de esta complejidad, pienso en Pedro y recuerdo fundamentalmente sus lecciones de literatura árabe contemporánea. Y su voz. Explicando entonces que en la literatura también hay resistencia, que en la literatura también hay esperanza y en la literatura también hay espacio para pensar y aprender en uno de los ámbitos que le fueron tan queridos como fue la injusticia, el dolor y la esperanza del pueblo palestino.

Hoy dejo aquí un breve fragmento de "Mi ciudad está triste", del poemario *Palabras a mi patria* de Fadwa Tuqan, recogido en la antología *El poema es Filistín. Palestina en la poesía árabe actual*, editado por Pedro Martínez Montávez en la Editorial Molinos de Agua, Madrid 1980.

*El día en que conocimos la muerte y la traición,  
se hizo atrás la marea,  
las ventanas del cielo se cerraron,  
y la ciudad contuvo sus alientos.  
El día del repliegue de las olas; el día  
en que la pasión abominable se destapara el rostro,  
se redujo a cenizas la esperanza,  
y mi triste ciudad se asfixió  
al tragarse la pena.*

**Pedro Martínez, en una libertad ganada pulso a pulso**

**Carmen Ruiz Bravo-Villasante. Catedrática de Literatura y Pensamiento Árabes Modernos, Jubilada, UAM.**

Cuando Pedro Martínez Montávez echaba la vista atrás —como historiador, aquí de su propia vida— afirmaba que lo más importante que había llevado a cabo, en lo público, fue asumir el cargo de Rector de la Universidad Autónoma de Madrid (1978-1982). Fue el primer rector elegido democráticamente en España, a la par que A. Badia i Margarit. En la UAM se vivió durante su rectorado un periodo de construcción y práctica de la democracia en todos los niveles universitarios, desde la puesta en funcionamiento de impresionantes Claustros hasta la recuperación de la pluralidad de ideas y libertad de cátedra. Hombre comprometido con la educación y la cultura, hasta la médula, también solía precisar que no estaba adscrito a ningún partido, pues pensaba que entonces la Universidad y la sociedad requerían su máxima y directa disponibilidad e independencia. Era un hombre de ideas avanzadas, renovador, comprometido con la mejora de la sociedad, y muy generoso de su

tiempo y su esfuerzo. Por eso gozó de apoyo convencido en la mayoría de los medios universitarios y culturales.

Siguió vinculado al quehacer universitario, respetado y admirado por su trayectoria en todo el país, y reconocido especialmente, con el doctorado Honoris causa por tres universidades con las que mantenía lazos especiales - Alicante, Jaén (provincia en la que nació en 1933, en la localidad de Jódar, de la que fue nombrado hijo predilecto), y la de Granada, donde participaba en programas de doctorado. Sevilla ocupó asimismo un lugar especial en su trayectoria, pues en esta ciudad desempeñó su primera cátedra, en el área de los Estudios Árabes e Islámicos.

Como dice acertada y lealmente el gran traductor y arabista Federico Arbós, quien le ha dedicado un reciente libro (*El talismán de la palabra*), ha sido “maestro de varias generaciones”, no solo de la nuestra, sino de todas las que han seguido. Y es que su obra plantea análisis de tiempos largos, de largas duraciones, yendo más allá de los apuntes y registros “evenemenciales”. Véase, por ejemplo, sus libros *Pensando en la historia de los árabes*, *Mundo árabe y cambio de siglo*, entre otros.

Juan José Téllez lo calificó, con gracia y acierto, como “nuestro arabista de cabecera”, aquel sabio que sabía divulgar y explicarnos lo que sucede en este mundo árabe tan cercano e intrincado.

Su experiencia vital y profesional dio un salto cualitativo durante su estancia en Egipto, de 1957, recién casado con María Mercedes Lillo, hasta 1962, en que vuelve a España, ya como profesor contratado en la Universidad Complutense, en la que había cursado dos ramas: Historia y Filología Semítica (Árabe e Islam). En El Cairo nacieron sus tres hijos mayores: Sergio, Pedro Antonio, y Rosa-Isabel. Ya de vuelta a España, en Madrid nace su hija Natalia. En la capital egipcia conoció un mundo árabe moderno en plena eclosión cultural, mientras dirigía el Centro Cultural Hispánico, y trabajaba como profesor en la Universidad. Y allí descubrió la gran literatura árabe moderna, y se entrevistó con escritores desconocidos en España: Mahfuz, Bayati, Qabbani, Adonís...

“El Profesor Pedro”, como le llamaban los alumnos y colegas árabes viajó por casi todos los países hablantes de la lengua árabe, por todo el Magreb, hasta el extremo del Próximo Oriente, a los confines de Emiratos, Irak, Yemen, Emiratos, Siria, Líbano... y Palestina. Con Roberto Mesa Garrido fundó en los años setenta la Asociación de Amigos del Pueblo Palestino, y siempre fue leal a la causa justa para del pueblo palestino, que representaba a tantos otros pueblos oprimidos. En una hermosa carta publicada Luis García Montero

recuerda este hecho. Y, en particular, sus hermosas traducciones de los poetas palestinos de resistencia, la primera antología que de ellos se publicó en Europa. Mahmud Sobh colaboró con él en aquella obra.

Más tarde, se creó la Asociación de Amistad Hispano-Árabe, que presidió inicialmente Antonio Gala, y luego el propio Pedro Martínez Montávez, siempre manteniendo criterios de independencia cultural respecto a presiones políticas. Decía en broma: “Parece que me llaman ‘el arabista que siempre dice no”.

Pero todo esto es solo una capa, visible, de la persona y la actividad magistral de este sentidor andaluz y andalusí, universal. Era el maestro de la traducción y el conocimiento poéticos. En su pluma habitaba el ritmo de la poesía, en su corazón el sentir poético más hondo, el ansia de la libertad, el ritmo de las coplas de su tierra, desde las alboreás a las soleares. En su mente, el estudio y la exigencia científica. Reflexivo, observador, detallista, pendiente de todos con discreción, de lejos y de cerca, nada vanidoso, natural en el trato, bondadoso, firme, generoso... ¡Cuántos adjetivos para resumirlos en decir que fue un hombre cabal, y en cierto sentido heroico, al cargar con muy difíciles retos!. Él mismo recogió la frase de un poeta árabe para expresar cómo se encontraba: “En el tiempo del reto, los himnos son mis manos”.

Todos los homenajes que se le hicieron seguramente serán revisitados y ampliados. Así también las entrevistas de tantos buenos periodistas.

Nuestras palabras, ahora, son solo una emoción que intenta conducirse racionalmente, y dejar testimonio de sentimientos de afecto ante un gran amigo, de inmenso y franco agradecimiento personal y colectivo al maestro. Los mensajes de despedida y reencuentro cruzan de un lado a otro como la luz. Pedro Martínez, en una libertad ganada pulso a pulso. El de la mirada clara,

### Un rector de puertas abiertas

Habría que poner una placa en el Palacio de Congresos de Madrid, donde se constituyó el primer Claustro de la UAM, formado por más de mil personas. Lo convocó y presidió Pedro Martínez Montávez, el primer rector democráticamente elegido en España (a la par que Badía i Margarit, gustaba de precisar). Fue un periodo (1978-1982) ilusionado, esforzado, de colaboración entre todos los sectores de la UAM. A nuestro Rector le importaba la educación en todos sus niveles y ámbitos. Era un gran educador, y comunicador, en las aulas y más allá. En su campo profesional, el hispanista

egipcio Muhammad Abuleata lo caracterizó como uno de los pilares del neoarabismo occidental, pues llevó a cabo una renovación clave, modificó el enfoque, lo hizo polifacético e interdisciplinar: “Vio que no podía hacerse arabismo sin los árabes”. A Martínez Montávez, “hombre de su tiempo”, como le gustaba definirse, le importaban los tres tiempos (*Pensando en la Historia de los Árabes; Significado y símbolo de al-Andalus; Mundo árabe y cambio de siglo, Pretensiones occidentales, carencias árabes*). Su arabismo dialogaba con el hispanismo, en nuestro país y también en las Américas

Gran crítico, antólogo e historiador de la literatura árabe, también nos dejó espléndidas y magistrales traducciones. El último libro de Pedro Martínez Montávez está dedicado a la obra de Nizar Qabbani: *Venticuatro poemas finales*. Y dentro de unos días aparecerá en Beirut la traducción al árabe de su libro *En las fronteras del prólogo*, a su vez prologado con maestría por la arabista Rosa Isabel Martínez Lillo, su hija.

Afable y firme, natural, metódico en el trabajo, decidido y dúctil, creativo y vital, comunicativo e intimista, sin complejos, gran científico y amante y defensor de las libertades, solidario e independiente, siempre preocupado por sus alumnos... buscaba espacios de entendimiento, y no dudó en defender las causas justas de los pueblos árabes, en particular del palestino. Jamás entraba en banderías. Propugnaba los valores civiles, no sometidos a dictados de pensamiento ni creencia únicos. Era “un maestro en el arte de pensar, una persona en la que se puede confiar, fiel siempre a su compromiso ético” -dijo Teresa Aranguren en el homenaje que Casa Árabe le dedicó (2015). Fue galardonado con el importante Premio Sheikh Zayed del Libro (Emiratos Árabes) a la "Personalidad cultural del año 2009", de ámbito internacional. Recibió numerosos reconocimientos y homenajes, llegados desde todos los sectores de la sociedad. En Jódar (Jaén), donde nació el año 1933, fue nombrado hijo predilecto. Andalucía le entregó su medalla. También el Círculo de Bellas Artes, en Madrid. Las universidades de Alicante, Jaén y Granada lo nombraron doctor honoris causa, y en la Universidad Complutense y la de Sevilla, El Cairo, la de Chile, y el Colegio de México expresaron su reconocimiento a su labor docente. A lo largo de la vida su familia comprendió, apoyó, compartió y desarrolló a su vez tan generosa vocación y entrega, no exenta de grandes renunciaciones. A todos ellos, por tanto, la Universidad les debe también mucho.

## **Pedro Martínez Montávez. Adiós al maestro, adiós al intelectual, adiós al amigo**

### **Bárbara Herrero Muñoz-Cobo. Profesora Titular de Estudios árabes e islámicos, Universidad de Almería**

Se ha ido el maestro pero quedan sus maneras, su ironía, su finísima sensibilidad, su agudeza, su capacidad de trabajo, su temple, su trato respetuoso, su generosidad, su honestidad y su independencia. Queda su autoridad en su escuela radial que subraya el carácter nuclear de su figura

Se ha ido el pensador pero queda la compacta profundidad de su discurso, la amplitud de su análisis panorámico, interdisciplinar, su visión humanista, su perspectiva diacrónica, histórica y reversible que observa los fenómenos en su haz y su envés. Queda su análisis que supera las barreras espacio - temporales o disciplinares que se desarrolla sin fisuras y con un tránsito coherente e hilvanado entre lo que fue, lo que es y lo que será.

Se ha ido el escritor pero nos queda su impronta,, la polifonía de su discurso y la sutileza de sus argumentos vertidos en un lenguaje -que es como decir un pensamiento- fino, agudo, lúcido y lucido que da importancia al matiz, muy adjetivado, vivido y vívido.

Se ha ido el intelectual pero nos queda su compromiso con la verdad, su coherencia y su convencimiento de que el pensamiento puede cambiar la realidad que le ha llevado a hacer un arabismo de urgencia, un arabismo vital, un arabismo a pie de obra en el que realidad y pensamiento van en paralelo que no disocia vida y obra, persona y personalidad.

Se ha ido el arabista pero nos queda su aproximación cordial a la cultura que estudia, su pasión por la cultura árabe y su medio de expresión más elocuente, su lengua, amor al mundo árabe en el que, no por casualidad, tiene multitud de discípulos y de amigos.

Se ha ido el investigador pero nos queda su una vocación precursora y subversiva. Sin valentía no hay ideas y no es casual que la obra de Martínez Montávez tenga por ello un valor raigal y seminal dentro del arabismo. Queda su valentía para abrir nuevas vías y la osadía y el arrojo para desvelar lo oculto, lo ocultado.

Se ha ido hoy pero nos deja un pensamiento de condensada síntesis que armónicamente aglutina teoría y método, forma y significado, docencia e investigación, vida y obra, identidad y alteridad. Nos queda su obra, todo un corpus integral, integrado e integrador pues pensar es vincular lo no vinculado y hacer una nueva síntesis que, como en el caso que nos ocupa, amplía el canon, actúa como referente y hace de Pedro Martínez Montávez, un heterodoxo que, en su tránsito de la periferia al núcleo, es ya todo un clásico.

Se ha ido el amigo pero queda indeleble el recuerdo de sus cartas en el buzón, los

desayunos de tertulia, sus regalos de reyes, su apoyo y su cariño, SIEMPRE

## **Maestro**

### **Rebeca Fuentes Arcos. Alumna y discípula de D. Pedro Martínez Montávez. Profesora Asociada en la UCM y USAL**

El 14 de febrero de este año 2023 Pedro Martínez Montávez abandonaba la vida para pasar a formar parte de la eternidad, la eternidad de los que siempre serán recordados por los que tuvimos la inmensa fortuna de que nuestros caminos se cruzasen con el suyo y que pudiésemos andar juntos un trecho.

A diario, cuando entro al aula donde debo impartir la clase, me vienen a la mente las formas y maneras que tenía Pedro Martínez Montávez de enseñar. Porque Montávez, así lo llamábamos sus alumnos, no daba clase: él enseñaba.

Y lo hacía como lo hacen los maestros de verdad, no ciñéndose solamente a lo académico: daba clases de lengua árabe, literatura, pensamiento... pero enseñaba a vivir la universidad, a amar y gozar con lo aprendido y, a mí, me enseñó a mirar la vida de poder a poder. Abrió ante mis ojos un mundo nuevo, alcanzable mediante el esfuerzo, el interés y la capacidad de trabajo, siempre acompañándonos en este proceso con las necesarias dosis de sensibilidad, alegría y compañerismo.

Conseguía que amases para siempre lo que estabas aprendiendo y fue el que me incitó con sus modos, con su saber y con su ausencia de soberbia, a no parar de querer aprender, a intentar entender lo que estaba estudiando: la lengua responde y se mueve adaptándose a las necesidades de la cultura y de sus hablantes que son los verdaderos artífices de la misma. Continuamente animaba a ir un paso más allá de lo evidente.

Siempre dispuesto a contestar, siempre en su sitio, siempre parando y templando como maestro que era y que será para todos los que tuvimos la suerte de adentrarnos en el mundo árabe de su mano. Nunca cejó en animar a sus alumnos a que no sólo nos interesásemos por aquello que estábamos tratando



en clase, por lo inmediato, por lo cercano. Nos espoleaba a leer cosas de otras disciplinas, a estar al día de lo que pasaba en el mundo ¡y en nuestra liga de fútbol!

Él creó escuela y eso debe ser motivo de alegría a pesar de que su muerte nos haya dejado huérfanos, académicamente hablando, a los que nos consideramos discípulos suyos, ojalá su recuerdo y sus maneras nos acompañen siempre.

Sirvan como despedida estos versos que Federico García Lorca escribió a su amigo Ignacio Sánchez Mejías, creo que se ajustan a la perfección a la figura del profesor Martínez Montávez:

*Tardará mucho tiempo en nacer, si es que nace,  
un andaluz tan claro, tan rico de aventura.  
Yo canto su elegancia con palabras que gimen  
y recuerdo una brisa triste por los olivos.*

Descanse en paz, maestro.

**Desde GRANADA... En recuerdo de Pedro Martínez Montávez**

**Maribel Lázaro Durán, Estudios Árabes e Islámicos, Universidad de Granada.**

Hay personas tan importantes en la vida de una, tan necesarias, que piensas que nunca se van a ir de nuestro lado. Pedro Martínez Montávez es una de ellas. Será imposible prescindir de tantos momentos compartidos, académicos o simplemente de sosiego y amistad. Imposible olvidar sus acertadas y serias

palabras en las que dejaba caer su fina e inteligente ironía, su formidable sentido del humor, que nos hacían sonreír, y comprender más acertadamente el complejo y difícil ámbito de los estudios árabes e islámicos al que nos dedicamos. Guardo para mis días muchos recuerdos suyos, su ejemplo de conocimiento de la lengua árabe, en cuyo aprendizaje tanto insistía, sus innumerables consejos académicos que siempre traté de llevar a la práctica con mayor o menor acierto..., y un entrañable anecdotario, que sería imposible desbrozar en tan limitado espacio.

Sus frecuentes visitas a Granada y el trato que nos prodigaba a los colegas de nuestra Universidad, dan fe de su aprecio al grupo de arabistas que optamos por seguir sus pasos. Eran los años ochenta, cuando el “baremo” académico y científico del arabismo español continuaba primando el “andalusismo”, aún con escasa consideración a los estudios árabes contemporáneos. Pedro Martínez Montávez se nos mostraba como un referente que no dejó de ayudarnos en nuestras demandas y acudir a nuestra llamada cuantas veces se la solicitamos. Así fue desde los años 90, cuando el recién creado Seminario de Estudios Árabes Contemporáneos del Departamento de Estudios Semíticos lo invitó al Ciclo *El intelectual y su Memoria*, en el que Mercedes del Amo y yo misma entrevistamos a Pedro en la Sala de Federico García Lorca ante un nutrido público de estudiantes y profesores, mientras una cámara filmaba el acto académico para la Filmoteca de la Facultad de Filosofía y Letras, en cuya Biblioteca se encuentra para su consulta.

A pesar de que Pedro vivió y se formó en Madrid desde su niñez, no dejó de mostrar nunca su identidad andaluza: su gusto por el flamenco, los toros, la canción andaluza..., iban más allá de ser una simple afición. Él entendía, profundizaba en el conocimiento de uno u otro aspectos. Sentía “pasión” cuando conversaba sobre sus cantaores, cantantes o toreros admirados. Lo oí conversar de tú a tú con José Menese en Jódar, en una cena compartida, y no sabría decir quién de los dos admiraba más al otro. Le ocurría también con el cantante granadino Carlos Cano, por el que Pedro sentía devoción, y a cuyo entierro acudió desde Madrid para hacer cola en la puerta del Ayuntamiento en su última despedida. Me habría gustado saber qué palabras o pensamientos dedicó Pedro al cantante en su silencio.

La Medalla de Andalucía que la Comunidad concedió a Pedro en 2010, corrobora el reconocimiento del ser andaluz como parte de su identidad. En este sentido, otros premios y homenajes andaluces apoyaron esta consideración. Su interés y respaldo a nuestra demanda de insertar la *Lengua Árabe y su Cultura* en la enseñanza secundaria de Andalucía, es otra muestra más. Y, a tal fin,

recuerdo su entrevista con la antigua Consejera de Educación, Cándida Martínez López, que, convencida del proyecto, lo hizo suyo y logramos ponerlo en marcha en algunos centros andaluces.

Desde esta mirada, Granada sedujo a Pedro muy especialmente. Su amor y entrega a la poesía árabe se engrandecían en la tierra de Federico García Lorca, al que dedicó numerosos estudios y por el que sentía verdadera pasión. Y, haciéndose eco del simbolismo de Granada y la Alhambra en la poesía árabe contemporánea, accedió a traducir al español *Doce candiles para Granada* a petición de su autor, el poeta sirio Adonis. El poema se iniciaba con estos versos a los que Pedro Martínez Montávez imprimió su instinto poético en una hermosa traducción: “Hay una casa única para el cielo y la tierra. /Aquí, entre el mediterráneo y Sierra Nevada.”

*“Todo ha sido distinto en Granada. Yo no puedo afirmar que me haya hecho arabista en Granada, pero sí que me hecho arabista con Granada, que con Granada he acabado de hacerme arabista plenamente...”*, nos decía Pedro Martínez Montávez en su discurso de investidura como Doctor Honoris Causa por nuestra Universidad. Y añadía: *“como el hermoso y turbador poema de Abdel-Wahhab al Bayati: La luz vino de Granada”*.

Tampoco dejó de lado su carácter solidario y de compromiso en nuestra ciudad. Pedro se mantuvo siempre dispuesto a colaborar con las iniciativas granadinas que lo solicitaban. Respaldó con su firma el Manifiesto contra el Día de la Toma, el 2 de enero, fiesta local de Granada, junto a Carlos Cano, Ian Gibson y Luis G. Montero, entre otros. También con la *Asociación Izquierda y Futuro* y su conferencia, *"Palestina hoy"*, impartida en la Fundación Euroárabe en el 2002. La puesta en marcha del Ateneo de Granada en 2009 contó desde sus inicios con su presencia y colaboración. Dos grandes conferencias: *España ¿conflicto de identidades?*, compartiendo Mesa con el reconocido historiador granadino de la Universidad Autónoma de Barcelona, J.E.Ruiz-Domenèc. Y, en 2015, *¿Hacia la desmembración del mundo árabe?*, una conferencia pronunciada en la Sala Val del Omar de la Biblioteca Pública de Andalucía con una gran afluencia de público. El Ateneo de Granada le concedió desde sus inicios, en 2009, el título de *Ateneísta de Honor*, junto a Caballero Bonald y Rafael Guillén entre otros.

Siempre me acompañará en la memoria aquel profesor universitario que, desde la Autónoma de Madrid, y junto al *Grupo Almenara*, creó una nueva forma de hacer Arabismo al fundar institucionalmente los estudios árabes contemporáneos en la Universidad española de los años 70; aquel Rector “Rojo” que se abrió paso con valentía a la recién nacida democracia en la convulsa

realidad política del momento; aquel intelectual y humanista comprometido que superó los estrechos límites académicos, para convertirse en uno de los pensadores de su tiempo que mejor, y de primera mano, ha conocido el complejo y plural mundo árabe e islámico, así como su actitud de compromiso activo y solidario, y su coherencia y franqueza, que le llevaron a opinar y actuar siempre con absoluta libertad.

Y, sobre todo, me acompaña su amistad y la de su familia, que me han permitido compartir tantos momentos entrañables y divertidos que serán imposibles de olvidar.

## **Recordando al maestro español Pedro Martínez Montávez**

**Assir Ali**

**Doctora por la Universidad Autónoma de Madrid**

Al recordar aquí a Pedro Martínez Montávez, simplemente apuntaré aquí algunas señas de identidad del maestro, ya que el limitado espacio de que dispongo no me permite vaciar mi corazón. En Jódar, pueblo andaluz, nació en 1933 nuestro humanista; y se podría decir que, desde entonces, su diario, no escrito, es fiel reflejo del escenario de la bella y generosa España que luchaba, y aún porfía, por un mundo libre, justo y diverso, dentro de la igualdad de los derechos humanos; un mundo incompatible con la hegemonía de cualquier cultura sobre otra.

Desde su temprana juventud, el arabismo de Montávez tomó un rumbo propio, con la conciencia de que se hace camino al andar. Tal vez, la antología poética “La escuela sirio-americana”, que realizó en 1956, primer libro en español sobre la modernidad poética árabe, es un ejemplo destacado de lo que me refiero.

Sin duda alguna, fue su experiencia vital en Egipto (del 57-al 62) la que le llevó a emprender el camino. En el cosmos egipcio, Montávez afirmó su yo por el hecho de compartir, dialogar, tender la mano, rechazar lo imaginario prejuicioso, opinando de todo y sobre él mismo entre todos, acercándose a la esencia de los diversos componentes sociales, políticos e intelectuales, y encontrando las huellas de lo andalusí allí... fundiéndose en el éxtasis estético popular. En Egipto trabajó en el Centro Cultural Hispánico. Además de su trabajo cotidiano, editó la

revista bilingüe “La Rabita”, de la que afortunadamente pude leer varios números. Me llenó de admiración este proyecto temprano, merecedor de respeto por su manera de tender puentes entre lo árabe y lo español; puentes que forjan y solidan la amistad cultural y el rigor crítico entre ambas culturas.

También en Egipto, trabajó en la escuela de idiomas “Al-Alsun”, fundada por el pionero de la modernidad árabe al-Tahtawi. Montávez fue el primer director del departamento de español en dicha escuela, tan significativa para el diálogo entre culturas. El método propuesto, editado en 1958, aún sigue vigente, y los alumnos egipcios de hoy se lo pasan de uno a otro, lo fotocopian, y lo conocen entre ellos por “el libro de Pedro”.

De regreso a España, trabajó en la Universidad Complutense, como profesor. Más tarde, en 1970 fue nombrado director del departamento de estudios árabes en la Universidad de Sevilla. Me gustaría subrayar su quehacer en la transformación de aquel espacio intelectual dedicado a esos estudios: de 10 a 12 m<sup>2</sup> equipados con un armario metálico, con anaqueles que mostraban un centenar de tomos cubiertos de polvo. Montávez sacudió el polvo acumulado a favor de otra acumulación, cuyos resultados se ven en la equiparación de los estudios árabes con los otros estudios de humanidades en Sevilla.

En la Universidad Autónoma de Madrid, siguió su hecho de renovar, por no decir revolucionar, el espíritu del arabismo tradicional. Para ello, Montávez realizó reformas en los métodos docentes, con planes de estudio que, al cuestionar lo establecido, lo llevaban a evolucionar para desprenderse del discurso consagrado, hacia una visión crítica capaz de producir nuevas ideas y ensayos dialogantes.

Es importante señalar que su ruptura, o desviación, del arabismo tradicional nunca significó una negación o dar la espalda a los arabistas anteriores, sino el asimilar sus hechos intelectuales, entender los puntos de debilidad, comprender la necesidad del momento, y las exigencias de las teorías lingüísticas y literarias. Su legado cultural en el arabismo es hijo del tiempo en que fue realizado. Asimismo, es un legado que se aleja de la certeza dogmática, porque viene de un pensamiento crítico libre que deja lugar al lector para que participe con sus propios argumentos en el proceso de la lectura o la recepción. Desde este punto de vista, se puede decir que su legado cultural refleja su tiempo y lo que emana de él para los tiempos venideros.

Concluyo diciendo que Montávez siempre ha prestado un generoso apoyo humano, además de docente, a sus alumnos; y, cómo no, a los alumnos árabes que, de algún modo u otro, han permanecido en España. Me refiero a su papel orientador, primordial, que ha ayudado a tantos y tantas a asimilar y afirmar su existencia en un estado de dos culturas que pueden y deben convivir de manera dialéctica, sin que una enmudezca a la otra y la fuerce a una alienante e injusta jubilación.

## **Pedro Martínez Montávez, el valor de un maestro**

### **Teresa Aranguren. Periodista y escritora**

Le vamos a echar mucho en falta. Pedro Martínez Montávez ha sido ese tipo de persona en cuyo criterio siempre confiamos, ¿qué opinará Pedro sobre esto? nos hemos preguntado tantas veces en medio del marasmo de una realidad cada vez más impredecible, volátil y contradictoria. Pero el profesor Martínez Montávez siempre eludía la respuesta fácil y rotunda, su modo de abordar los temas era más sinuoso, yo diría que casi circular, miraba la realidad desde sus diversos ángulos y perspectivas. Y así nos enseñaba a mirar. Sin dogmatismo, ni excusas, ni cómoda complacencia. Era un maestro en toda la hondura del término, alguien que enseña a pensar. Siempre estaba dispuesto a asistir con su consejo o su presencia a quien le pedía ayuda, si detectaba que ese alguien tenía un auténtico deseo de conocer y comprender, fuese un joven periodista haciéndole una entrevista o un estudiante en sus primeros pasos como investigador del mundo árabe o la gente de un modesto centro cultural de barrio.

Pedro Martínez Montávez era extremadamente afable con quienes carecen de poder y muy crítico con quienes lo detentan. Le importaba la verdad y la justicia. Por eso no fue simplemente un gran académico, un prestigioso pensador y uno de los más grandes arabistas del siglo XX, sino también un hombre comprometido hasta la médula con aquello que consideraba justo y verdadero. Por eso siempre defendió de manera clara y valiente los derechos del pueblo de Palestina lo que sin duda le ha valido el agradecimiento, el reconocimiento y el afecto de muchas gentes de bien, pero también, y él era muy consciente de ello, la hostilidad de grupos muy poderosos e influyentes.

Creo que para Pedro Martínez Montávez posicionarse éticamente era también una actitud estética ante la vida. Al fin y al cabo, la ética es una

forma de estética o quizás es al revés es la estética una forma de la ética. Él que amaba tanto la poesía árabe, que a tantos poetas árabes había traducido y que valoraba la belleza de un poema como la más excelsa expresión de lo humano, creo que quiso hacer también de su vida algo bello. Y lo hizo.

### **Semblanza del profesor Martínez Montávez**

#### **Antonio Martínez Castro. Profesor de árabe en la Escuela de Idiomas de Almería**

Esta sucinta semblanza del profesor Pedro Martínez Montávez pretende recordar a través de una anécdota personal un aspecto poco celebrado de su figura consistente en la incorporación de estadísticas en sus análisis y su gusto por justificar numéricamente sus postulados. Basta leer *Significado y símbolo de al-Andalus* para ver los datos que presenta respecto a la duración de las distintas dinastías (los Omeyas gobernaron más tiempo que los Borbones, 272 años frente a 240) o la introducción a Nizar Qabbani: 24 poemas finales donde presenta un inventario de los cinco últimos divanes del poeta sirio para luego extraer de su lúcida mente profundas reflexiones. En la asignatura "Semántica de la lengua árabe: un estudio sincrónico" que impartía el Profesor en 1997 y cuyos apuntes guardo como un tesoro, es asombroso el rigor matemático con el que aquilataba la proyección generativa de una raíz determinada sobre todas las posibles. Además, nos sumergía en los arabismos producidos por dichas raíces, referencias a autores y experiencias y gustaba de incluir algún que otro chascarrillo.

Un día, para ejemplificar la importancia que tiene hacer cálculos y ejercitar la mente en todo momento, dijo: "Personalmente, de camino a la UAM por la carretera de Colmenar Viejo siempre me fijo en las matrículas de los coches, sumo las cuatro cifras y divido el total entre cuatro, entonces, si el resultado es inferior a cinco digo: ¡Oiga, usted está suspenso!" y se echó a reír. Yo no sabía nada de árabe y se me escapaba casi todo, pero aquella asignatura me 'enganchó' en el primer curso, entreví la trama semántica que se establece entre grafema, fonema e idea, la analogía y la regularidad en los procesos de formación y flexión morfológica y me convenció de que la lengua es la herramienta de trabajo de todo arabista.

Recientemente recordé al profesor Pedro Martínez Montávez al presentar en la EOI de Almería la película Farha (Darin Sallem, 2021) y qué mejor forma de hacerlo que con su estilo -aunque en lugar de maestro yo fuera un aprendiz-. Volví a sus apuntes, al caso concreto de al-ishtiqaq al-akbar en el que las raíces comparten las dos primeras radicales ordenadas, busqué en el diccionario de J. Cortés las que empiezan por la Nun y Kaf, de Nakba y Naksa, y encontré que se generan 15 ocurrencias de las 25 posibles, es decir un altísimo porcentaje de casi 2/3 en los que la idea predominante es la de "sufrir un descalabro", como el que el arabismo ha sufrido con su pérdida. El Profesor transmitía por lo árabe y la arabidad, por su literatura —en especial el teatro y la poesía— un Amor más grande que él mismo y la luz de sus enseñanzas, imposibles de enumerar, ha sido una almenara para muchos de nosotros. Que en paz descanse.

## **La clarividencia del compromiso**

**Ignacio Gutiérrez de Terán Gómez-Benita, Departamento de Estudios Árabes e Islámicos, UAM**

Numerosas prendas adornan la figura del "profesor", como solíamos llamarlo algunos; hay una, empero, que siempre me llamó poderosamente la atención: su disponibilidad para acudir a cualquier acto o evento, cualquier día y a cualquier hora. Los amigos y amigas activistas que durante años organizaron y organizan actos en defensa de la causa palestina, o contra las sucesivas guerras del Golfo o el bloqueo criminal a Iraq de los noventa –y, en fin, todas las trapacerías que sufren los árabes de manos de sus venales dirigentes y las maniobras arteras del exterior-, suelen recordarlo: "Iba a todas partes". No importaba que se tratara de una asociación cultural en un barrio de la periferia de Madrid o en una provincia a cientos de kilómetros; no importaba que fuera un ateneo, un palacio de congresos o un edificio "okupado"; no importaba que, debido a las horas intempestivas, las improvisaciones o la falta de difusión, hubiera menos asistentes en la sala que ponentes en la mesa. Allí que iba el profesor Pedro Martínez Montávez a hablar sobre el mundo árabe, intentando siempre adecuar el tono de su discurso, que no el contenido, a las características de su auditorio. Con su traje y su corbata, con su prontuario de ideas y, según los casos, ingeniosos



artilugios dialécticos sobre las raíces de los vocablos árabes, con una encomiable disposición para debatir con quien fuera sin perder ni la compostura ni la vena irónica, sarcástica en ocasiones, que lo caracterizaba.

Hablaba quedo, sustancioso y con una cadencia majestuosa a veces. Fue el primero, dentro del arabismo, en hacer muchas cosas: introducir nuevas asignaturas en los diseños curriculares, potenciar, además del árabe moderno, otros idiomas del mundo islámico como el turco y el persa, traducir a poetas árabes contemporáneos... Y hablar en público sobre el mundo árabe de su tiempo, de cuestiones variadas, cultura, sociedad y, como dije antes, política. En numerosas ocasiones lo hacía en árabe, cosa que, por desgracia, sigue siendo inusual entre buena parte de nuestros arabistas hoy, con mayor motivo si los oyentes son araboparlantes y nos da miedo, ay, que reparen en nuestras carencias –el vicio hispánico de la vergüenza propia y ajena-. Zarandajas para nuestro profesor, habituado a lidiar con toros de múltiples linajes.

Recuerdo la impresión que me causó verlo dar una conferencia en El Cairo, en árabe, a mediados de los noventa quizás, ante un nutrido grupo de profesores y estudiantes de la universidad. Cómo utilizaba las pausas, los gestos de las manos, las citas o las referencias a las intervenciones de quienes le habían precedido... De qué manera desarrollaba los argumentos principales y avanzaba posibles conclusiones que, enseguida, quedaban matizadas por enfoques insospechados. Un modelo de retórica que, asimismo por desgracia, está siendo relegada por disertaciones telemáticas, presentaciones repletas de gráficos y viñetas pretendidamente ingeniosas y una enorme provisión de datos e informaciones huérfanos de análisis, de crítica, de ideas novedosas. De compromiso, en el sentido más amplio de la palabra. Un compromiso clarividente, si me permiten la expresión.